

LABERINTOS: transcurso por las señas del sentido

En diferentes sociedades actuales, conflictivamente injustas, desiguales y silenciosamente insolidarias, es habitual condenar a muerte o asesinar, de una u otra forma, a quienes deciden asumir como proyecto de vida los mejores valores éticos de su comunidad, sancionados éstos como ideales de ciudadanía en sus textos legislativos y oficiales

(Reflexiones en torno al libro que narra la vida social y asesinato del médico antioqueño Héctor Abad Gómez, cuyo título es *El olvido que seremos*)

Era Caifás el que había dado a los judíos aquel consejo: conviene que uno muera por el pueblo [JN, 18,14].

* * *

¿Por qué no puedo cambiar el mundo? [...]

La realidad es increíble. [...]

Existir es tan completamente fuera de lo común que si la conciencia de existir se retrasase más de algunos segundos, enloqueceríamos. La solución para ese absurdo que se llama *yo existo*, la solución es amar a otro ser diferente que nosotros comprendemos que existe.

¿Cuál es mi valor social?...

¿Te parece que ofendo mi estructura social con mi enorme libertad?

Claro que sí, felizmente. Porque acabas de salir de la prisión como ser libre, y eso nadie lo perdona... Finalmente aprendiste a vivir. Y eso provoca el desencadenamiento de muchas otras libertades, lo que es un riesgo para tu sociedad. Hasta la libertad de ser bueno asusta a los demás. [...]

Llegué a la puerta de un comienzo.

[Clarice Lispector, *Aprendizaje o el libro de los placeres*, Ediciones Siruela, Madrid, 2005, pp. 108, 133, 138-139, 140, 142.]

* * *

Para mi papá el médico tenía que investigar, entender las relaciones entre la situación económica y la salud, dejar de ser un brujo para convertirse en un activista social y en un científico. En su tesis de grado denunciaba a los médicos-magos: *para ellos, el médico ha de seguir siendo el pontífice máximo, encumbrado y poderoso, que reparte como un don divino familiares consejos y consuelos, que practica la caridad con los menesterosos con una vaga sensación de sacerdote bajado del cielo, que sabe decir frases a la hora irreparable de la muerte y sabe disimular con términos griegos su impotencia*. Se enfurecía con quienes querían sim-

plemente aplicar tratamientos a la fiebre tifoidea, en lugar de prevenirla con medidas higiénicas. Lo exasperaban las curaciones maravillosas y las nuevas inyecciones, que los médicos daban a su clientela particular que pagaba bien las consultas. Y la misma revuelta interior la sentía con quienes sanaban niños, en vez de intervenir en las verdaderas causas de sus enfermedades, que eran sociales. [...]

Ante casi todos los pacientes se detenía y preguntaba: ¿qué tiene este niño? Y él mismo se contestaba: hambre. Y un poco más adelante: ¿qué tiene este niño? Hambre. ¿Qué tiene este niño? Lo mismo: hambre. ¿Y este otro? Nada: hambre. *¡Todos estos niños lo único que tienen es hambre, y bastaría un huevo y un vaso de leche diario para que no estuvieran aquí. Pero ni eso somos capaces de darles: un huevo y un vaso de leche! ¡Ni eso, ni eso! ¡Es el colmo!*

Gracias a su compasión, y a esa idea fija de una higiene alcanzable con educación y obras públicas, consiguió también, mientras era estudiante, y aunque con oposición de los ganaderos, que creían que así iban a acabar perdiendo plata, que fuera obligatorio pasteurizar debidamente la leche antes de venderla, pues en sus exámenes de laboratorio había encontrado amebas, bacilos de TBC, y materias fecales en la leche que se vendía en Medellín y en los pueblos vecinos. [...]

Defendía la idea elemental —pero revolucionaria, ya que era a favor de todo el mundo y no de unos pocos— de que lo primero es el agua y no deberían gastarse recursos en otras cosas hasta que todos los pobladores tuvieran asegurado el acceso al agua potable. *La epidemiología ha salvado más vidas que todas las terapéuticas*, escribió en su tesis de grado. Y muchos médicos lo detestaban por defender eso en contra de sus grandes proyectos de clínicas privadas, laboratorios, técnicas diagnósticas y estudios especializados. Era un odio profundo, y explicable tal vez, pues el gobierno siempre estaba dudando sobre cómo repartir los recursos, que eran pocos, y si se hacían acueductos no se podían comprar aparatos sofisticados ni construir hospitales.

Y no sólo algunos médicos lo odiaban. En general, su manera de trabajar no era bien vista en la ciudad. Sus colegas decían que para hacer lo que hace este médico no se necesita diploma, pues para ellos la medicina no era otra cosa que tratar enfermos en sus consultas privadas. A los más ricos les parecía que, con su manía de la igualdad y la conciencia social, estaba organizando a los pobres para que hicieran la revolución. Cuando iba a las veredas y hablaba con los campesinos para que hicieran obras por acción comunal, les hablaba demasiado de derechos, y muy poco de deberes, decían sus críticos de la ciudad. ¿Cuándo se había visto que los pobres reclamaran en voz alta? Un político muy importante, Gonzalo Restrepo Jaramillo, había dicho en la Club Unión —el más exclusivo de Medellín— que Abad Gómez era el marxista mejor estructurado de la ciudad y un peligroso izquierdista al que había que cortarle las alas para que no volara. Mi papá se había formado en una escuela pragmática norteamericana (en la Universidad de Minnesota), no había leído nunca a Marx, y confundía a Heggel con Engels. Por saber bien de qué lo estaban acusando, resolvió leerlos, y no todo le pareció descabellado: en parte, y poco a poco a lo largo de su vida, se convirtió en algo parecido al luchador izquierdista que lo acusaban de ser. Al final de sus días acabó diciendo que su ideología era un híbrido: cristiano en religión, por la figura amable de Jesús y su evidente inclinación por los más débiles; marxista en economía, porque detestaba la explotación económica y los abusos infames de los capitalistas; y liberal en política, porque no soportaba la falta de libertad y tampoco las dictaduras, ni siquiera la del proletariado, pues los pobres en el poder, al dejar de ser pobres, no eran menos déspotas y despiadados que los ricos en el poder. [...]

En la Universidad también lo criticaban y trataban de ponerle zancadillas para dificultarle la vida. Dependiendo del rector o del decano de turno, podía trabajar en paz, o en medio de mil reclamos, cartas de recriminación y sobresaltos por veladas amenazas de despedirlo de su cátedra. [...]

De los muchos ataques de recibió, mi mamá recuerda muy bien el de uno de sus colegas, un prestigioso profesor de la misma Universidad, y director de la cátedra de cirugía cardiovascular, el Nato Ramírez. Una vez, estando mi papá y mi mamá presentes, el Nato dijo muy enfático, en una reunión: *yo no respiraré tranquilo hasta no ver colgado a Héctor de un árbol de la Universidad de Antioquia*». Pocas semanas después de que a mi papá, al fin, lo mataran, como tantos durante tanto tiempo habían deseado, mi mamá se encontró con el

Ñato Ramírez en un supermercado, y mientras éste recogía bandejitas de carne, se le acercó y le dijo, muy despacio y mirándole a los ojos: *Doctor Ramírez, ¿ya está respirando tranquilo?* El Ñato se puso pálido, y sin saber qué decir dio media vuelta y se alejó con su carrito de supermercado.

También algunos curas tenían la obsesión de atacarlo permanentemente. Había uno, en particular, el presbítero Fernando Gómez Mejía, que lo odiaba con toda el alma, con una fidelidad y una constancia en el odio, que ya se las quisiera el amor. Había convertido su odio a mi papá en una pasión irrefrenable. Tenía una columna fija en el diario conservador *El Colombiano*, y un programa radial los domingos, la Hora Católica. Este presbítero era un fanático votafuegos (discípulo del obispo reaccionario de Santa Rosa de Osos, monseñor Builes) que en todo sospechaba pecados de la carne, repartía anatemas a diestra y siniestra [...]

No sé en qué momento la sed de justicia pasa esa frontera peligrosa en que se convierte también en una tentación de martirio. Un sentimiento moral muy elevado corre siempre el riesgo de desbordarse y caer en la exaltación del activismo frenético. Una confianza optimista muy marcada en la bondad de fondo de los seres humanos, si no está atemperada por el escepticismo de quien conoce más en profundidad las mezquindades ineludibles que se esconden en la naturaleza humana, lleva a pensar que es posible edificar el paraíso aquí en la tierra, con la buena voluntad de la inmensa mayoría. Y esos reformadores a ultranza, Sabonarolas, Brunos, Robespierres, pueden ser personas que hacen, a su pesar, más mal que bien. Ya Marco Aurelio decía que los cristianos —los locos de la Cruz— obraban muy mal al llegar hasta el sacrificio por una simple idea de verdad y de justicia.

Estoy seguro de que mi papá no padeció la tentación del martirio antes de la muerte de Marta, pero después de esa tragedia familiar cualquier inconveniente parecía pequeño, y cualquier precio ya no parecía tan alto como antes. Después de una gran calamidad la dimensión de los problemas sufre un proceso de achicamiento, de miniaturización pues a nadie le importa un pito que le corten un dedo o que le roben el carro si se le ha muerto un hijo. Cuando uno lleva por dentro una tristeza sin límites, morir se ya no es grave. Aunque uno no se quiera suicidar, o no sea capaz de levantar la mano contra sí mismo, la opción de hacerse matar por otro, y por una causa justa, se vuelve más atractiva si se ha perdido la alegría de vivir. Creo que hay episodios de nuestra vida privada que son determinantes para las decisiones que tomamos en nuestra vida pública. [...]

Esta investigación, leída ahora, casi veinte años después, más parece un ejercicio de encubrimiento y de intento cómplice para favorecer la impunidad, que una investigación seria. Con decir que a un mes de abierto el caso le dieron vacaciones a la jueza encargada, y que pusieron funcionarios venidos de Bogotá a vigilar de cerca la investigación, es decir, a evitar que se investigara seriamente.

Mi papá, Leonardo y la señora caminaron por la carrera Chile hasta la calle Argentina y ahí doblaron hacia arriba, a la izquierda, por la acera del costado norte. Llegaron a la esquina de El Palo y la atravesaron. Siguieron subiendo hacia Girardot. Pasaron Girardot y en la esquina siguiente tocaron a la puerta de Adida (Asociación de Institutores de Antioquia), el sindicato de maestros. Les abrieron y se formó un pequeño corrillo en la puerta pues otros maestros estaban llegando también en ese momento, a informarse. Hacía más de dos horas que se habían llevado el cuerpo de Luis Felipe Vélez para una capilla ardiente y una manifestación de protesta que se le haría en el Coliseo. Mi papá buscó, extrañado, la cara de la señora que lo había acompañado hasta allí, pero ya no la vio a su lado; había desaparecido.

Dice uno de los testigos que una moto con dos jóvenes subió por la calle Argentina, primero despacio, y después muy rápido. Los tipos estaban recién peluqueados, dijo alguien más, con el pelo al rape típico de la milicia y de algunos sicarios. Pararon la moto al frente del sindicato, la dejaron encendida al lado de la acera, y los dos se acercaron al pequeño grupo frente a la puerta, al mismo tiempo que sacaban las armas de la petrina de los pantalones. [...]

Habría preguntado por el crimen de pocas horas antes y acaban de contar al detalle de que a Luis Felipe Vélez lo habían matado ahí, en ese mismo sitio donde él está parado. Mi papá mira hacia el suelo, a sus pies, como si quisiera ver la sangre del maestro asesinado. No ve rastros de nada, pero oye unos pasos apresurados que se acercan, y una respiración atropellada que parece resoplar contra su cuello. Levanta la vista y ve la cara malévola del

asesino, ve los fognazos que salen del cañón de la pistola, oye al mismo tiempo los tiros y siente que un golpe en el pecho lo derriba. Cae de espaldas, sus anteojos saltan y se quiebran, y desde el suelo, mientras piensa por último, estoy seguro, en todos los que ama, con el costado transido de dolor, alcanza a ver confusamente la boca del revolver que escupe fuego otra vez y lo remata con varios tiros en la cabeza, en el cuello y de nuevo en el pecho. Seis tiros, lo cual quiere decir que le vaciaron el cargador de uno de los sicarios. Mientras tanto el otro matón persigue a Leonardo Betancur hasta dentro de la casa del sindicato y allí lo mata. Mi papá no ve morir a su querido discípulo; en realidad, ya no ve nada, ya no recuerda nada; sangra, y en muy pocos instantes su corazón se detiene y su mente se apaga.

Está muerto y yo no lo sé. Está muerto y mi mamá no lo sabe, ni mis hermanas lo saben, ni sus amigos lo saben, ni él mismo lo sabe. [...]

A pocas cuadras de allí acababa de ver matar a otra persona. Comenta los balazos de los sicarios, lo horrible que se ha vuelto Medellín. Yo no me imagino quién es, y pregunto casi con descuido quién pudo haber sido el muerto. El señor no lo sabe. En ese momento me llaman al teléfono. Es raro que me interrumpen en plena junta, pero dicen que es urgente y salgo. Resulta ser un periodista, viejo conocido mío, que me dice: *siquiera te oigo, por aquí estaban diciendo que te habían matado*. Yo digo que no, que estoy bien, y cuelgo, pero en ese mismo instante recapacito y sé quien es el muerto, sin que me lo hayan dicho. Si alguien está diciendo que mataron a Héctor Abad fue porque mataron a alguien como yo. Me voy derecho a la oficina de mi mamá: *creo que pasó lo peor*. [...]

[...] Mi mamá se tira a sus pies y lo abraza. No sé cuánto tiempo después veo llegar a mi hermana Clara con Alfonso, su esposo. Después llega Carlos Gaviria, con la cara transfigurada de dolor y yo le grito que se vaya, que se esconda, que tiene que irse porque no queremos más muertos. Entre mi hermana, mi cuñado, mi mamá y yo rodeamos el cadáver. Mi mamá le quita la argolla de matrimonio y yo saco los papeles de los bolsillos. Más tarde veré lo que son: uno es la lista de los amenazados de muerte, una fotocopia, y el otro, el epitafio de Borges copiado de su puño y letra, salpicado de sangre: *«ya somos el olvido que seremos»*...

Trato de pensar, trato de entender. Contra los asesinos, me lo prometo, toda mi vida voy a mantener la calma. Estoy a punto de derrumbarme, pero no me voy a dejar derrumbar [...]

Conservo los discursos de Mejía Vallejo y de Carlos Gaviria. El novelista antioqueño, nacido en el mismo pueblo que mi papá, Jericó, habló de la amenaza inminente del olvido: *vivimos en un país que olvida sus mejores rostros, sus mejores impulsos, y la vida seguirá en su monotonía irremediable, de espaldas a los que nos dan la razón de ser y de seguir viviendo. Yo sé que lamentarán la ausencia tuya y un llanto de verdad humedecerá los ojos que te vieron y te conocieron. Después llegará ese tremendo borrón, porque somos tierra fácil para el olvido de lo que más queremos*. La vida, aquí, están convirtiéndola en el peor espanto. Y llegará ese olvido y será como un monstruo que todo lo arrasa, y tampoco de tu nombre tendrán memoria. Yo sé que tu muerte será inútil, y que tu heroísmo se agregará a todas las ausencias.

Carlos se centró más en la figura del humanista enfrentado a un país que se degrada: *¿qué hizo Héctor Abad para merecer esta suerte? La respuesta hay que darla, a modo de contrapunto, confrontando lo que él encarnaba con la tabla de valores que hoy impera entre nosotros* [...]

Vimos sobre el escritorio un sobre cerrado, dirigido a Marta Botero de Leyva, la subdirectora de *El Mundo*. Mi mamá la llamó y ella vino por el sobre, llorando. Lo abrió: era su último artículo: *¿De dónde proviene la violencia?*, se llamaba, y el periódico lo publicó al otro día, como su editorial. Ahí había escrito, esa misma tarde: *en Medellín hay tanta pobreza que se puede contratar por dos mil pesos a un sicario, para matar a cualquiera. Vivimos una época violenta, y esta violencia nace del sentimiento de desigualdad. Podríamos tener mucha menos violencia si todas las riquezas, incluyendo la ciencia, la tecnología y la moral —esas grandes creaciones humanas— estuvieran mejor repartidas sobre la tierra. Este es el gran reto que se nos presenta hoy, no sólo a nosotros, sino a la humanidad. Si, por ejemplo, las grandes potencias dejaran que Latinoamérica unida buscara sus propias salidas, nos iría muchísimo mejor. Pero esto es ya soñar, un ejercicio no violento, previo a cualquier gran realización. La realización que podrá efectuar una humanidad sana mentalmente, que algún día, durante los próximos diez mil años verán nuestros descendientes, si ahora o más tarde no nos autodestruimos*. [...]

Escribo esto en La Inés... es un sitio privilegiado de la tierra. Al fondo se ve, abajo, el río Cartama, abriéndose paso en el verdor: Arriba, hacia el otro lado, las peñas de La Oculta y de

Jericó. El paisaje está salpicado por los árboles sembrados por mi papá y por mi abuelo: palmas, cedros, naranjos, tecas, mandarinos, mamoncillos, mangos. Miro a lo lejos y me siento parte de esta tierra y de este paisaje. Hay cantos de pájaros, bandadas de loros verdes, mariposas azules, ruido de cascos de caballos en la pesebrera, olor a moñiga de vaca en el establo, perros que a veces ladran, chicharras que celebran el calor, hormigas que desfilan en hileras, cada una con una diminuta flor rosada a cuestras. Al frente, imponentes, los farallones de La Pintada que mi papá me enseñó a ver como los pechos de una mujer desnuda y acostada. [...]

Es posible que todo esto no sirva de nada; ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo. [...]

Hay miles y miles de padres asesinados en este país tan fértil para la muerte. Pero es un caso especial, sin duda, y para mí el más triste. Además reúne y resume muchísimas de las muertes injustas que hemos padecido aquí. [...]

Hay una cadena familiar que no se ha roto. Los asesinos no han podido exterminarnos y no lo lograrán porque aquí hay un vínculo de fuerza y de alegría, y de amor a la tierra y a la vida que los asesinos no pudieron vencer. Además, de mi papá aprendí algo que los asesinos no saben hacer: a poner en palabras la verdad, para que ésta dure más que su mentira.

[Héctor Abad Faciolince, *El olvido que seremos*, Editorial Planeta, Bogotá, 2006, pp. 47-49, 50-51, 178-179, 242-244, 245, 247-248, 253-254, 255, 256, 259.]

* * *

Quiero partir de un hecho sumamente claro e hirientemente contundente: lo que acontece a quienes asumen, con realismo y solidaridad con los más desfavorecidos y con aquellos que habitan, con frecuencia sin esperanza, las más desiguales condiciones de vida en salud, educación, trabajo, alimentación y entorno urbano. Las élites de todas las ideologías instaladas en el poder, los sentencia a una muerte injusta, sea ésta física o moral, esto es, quienes eligen la práctica eficiente de la excelencia de los valores de su comunidad como proyecto de vida, están constantemente en peligro de muerte. Lo cual, no se refiere a un país o a un territorio determinado, como algo específico y propio de él, sino que pertenece a una clase social que detecta el poder globalmente y son los responsables activos y anónimos de los conflictos, desigualdades e injusticias que la estructura de todo espacio urbano muestra con evidencia. No es, pues, un determinado grupo social de un concreto país, quien tiene la capacidad de dictar una sentencia de muerte, sino las élites internacionales vinculadas al ejercicio de los poderes financieros, bajo la idea de globalización. Es entre ellos que se elabora una cultura contraria a la vida singular y comprometida socialmente y, a los derechos hoy exigibles, en una sociedad democrática, en cuyo ámbito todo ser humano, con independencia de su condición material, intelectual o tradición religiosa o familiar, puede legítimamente aspirar.

Los textos iniciales trazan el hilo de un discurso innovador y revelador de las verdades que se esconden implícitamente en ciertas ideologías vinculadas al poder. Cuando alguien practica la libertad, la solidaridad más efectiva y muestra el camino a los grupos marginados de los bienes y servicios ya posibles en nuestra comunidad, para todos sus miembros en igualdad de condiciones, es objeto de una despiadada y sutil persecución.

El libro de Héctor Abad Faciolince plantea con toda evidencia y claridad, lo que le sucedió a su padre por pensar comprometidamente en cosas necesarias y posibles en su

comunidad; pero éstas para todos sus miembros, con independencia de su condición social o medios económicos. Entonces, había, en su medio urbano quienes estaban faltos de bienes y servicios elementales como el agua potable, de condiciones higiénicas adecuadas, de una alimentación sana y suficiente nutritivamente. Todo ello obedecía a la presencia de recursos posibles en la comunidad, si la distribución de los mismos se hiciera con una cierta justicia e igualdad de condiciones.

Por otra parte, su sentido de la justicia y la defensa de los derechos humanos, le llevaron progresivamente a la solución final que una sociedad hipócrita y farisea reservaba para sus mejores miembros.

Éste es, pues, un libro ciertamente escrito con afecto y deseo igualmente de perpetuar su memoria, pero también con sangre y dolor. Un libro en que el autor exalta el placer de vivir, pero también la tristeza que le ha causado durante toda su vida el vil asesinato de su personaje afectivo central, su padre. Se trata, indudablemente, de un testimonio literario, pleno de belleza, pero sobre todo, en el que describe la figura de su padre, en el ámbito de la familia y de su vida social, más allá de lo exigible a un convencido profesional capaz de imaginar el proyecto de una salud pública accesible a todos.

Carlos Gaviria, siempre tan cercano a esta tragedia, y comprometido con su causa, escribe una reseña de este libro, en la revista *Arcadia*, bajo un lema muy expresivo, *La justicia de la palabra*. Únicamente queremos destacar una anécdota que nos narra y recuerda su texto. Cuando sus amigos más fieles y sinceros le preguntan: Héctor, ¿qué vas a hacer ahora en tu jubilación? Y él responde con la máxima sencillez y valentía: «voy a cultivar rosas y amigos». Esta respuesta, comenta con suma lucidez Carlos Gaviria en su artículo, «condensaba un proyecto de vida y revelaba al hombre en su auténtica dimensión ética, estética y humana». Y finaliza su artículo con esta apreciación exacta y justa, al referirse al libro que su hijo acaba de escribir y publicar: «casi nada hay de ficticio en este libro magistral, aunque la belleza de la prosa y la emoción estética con que ha sido escrito induzcan a conjeturar otra cosa». Y todo ello, después de haber soportado el autor y su familia dos hechos gravemente traumáticos: la prematura e injusta muerte de su hermana adolescente, toda una promesa muy eficiente del arte y el asesinato inesperado del padre.

Sólo la lectura de este libro emocionado y admirable podrá darnos idea de lo acontecido. Los invitamos a leerlo desde su capacidad de meditación y silencio interior. Quizás, entonces, se nos revele con mayor nitidez la condición del ser humano y la naturaleza de aquellas élites que mundialmente gobiernan nuestra realidad social, con una eficiencia y control, más allá de las palabras. Seguramente descubramos, así, que el infierno acerca del odio a la vida humana sea posiblemente la esencia de su ideología y su forma de controlar los recursos naturales y sociales.

1. El contexto social violento de la ciudad de Medellín: la programación activa de la misma, la escuela de sicarios y el dinero del narcotráfico como motores de esa realidad. La narración de las muertes injustas y violentas

Ciertamente, lo dicho anteriormente refleja, con exactitud la dinámica de nuestro contexto internacional que rige y gobierna el acontecer económico y valorativo de nuestras vidas concretas. Y así, más allá de lo que puede suceder con una ciudad o espacio urbano, como ha sido el caso de Medellín en un momento determinado de su historia y, que tan gravemente ha afectado a la familia de Héctor Abad Gómez. Nos adentramos en este

contexto concreto, en espacio y tiempo, a partir del libro del periodista José Alejandro Castaño que titula: *¿Cuánto cuesta matar a un hombre? Relatos reales de las comunas de Medellín*, que recientemente ha publicado Editorial Norma, Bogotá, 2006.

Los editores, cosa no muy habitual, se han visto impulsados, dada la naturaleza del libro y sus relatos, a escribir una nota que titulan «Cuando la vida le gana a la muerte». Con lo cual muestran con transparencia cuál es el sentido de su publicación. En verdad, eso es lo importante siempre, que la vida le haya ganado a la muerte. Pero los siguientes datos que ellos nos aportan no dejan de ser reveladores de esta situación. Dicen: «En Medellín, hace quince años, cada mes morían asesinadas 529 personas. La mayoría jóvenes. Había 120 entierros semanales. Cada día..., sobre todo los más pobres, lloraban cerca de 20 amigos, parientes, conocidos, víctimas de cualquier forma de violencia. En los barrios populares, hasta hace tres años, gobernó el miedo, la desconfianza, la zozobra. La policía no se atrevía a entrar para imponer el orden y la ley».

Los testimonios que se narran en este libro «resultan casi inverosímiles». Ahora bien, ya en el año 2005 «no fueron más de 65 los homicidios mensuales». Se trata de una estadística dolorosa que afecta a «los grandes asentamientos localizados en el nororiente y el noroccidente del Valle de Aburrá». En este ámbito social todos «cambiaron el diálogo único... por razones para vivir», esto es, «han logrado empezar a exorcizar el dolor para abrirle espacio a algún sueño, o a alguna idea de futuro».

Este libro, pues, supone una apuesta, «para que estas historias duras y veraces, crónicas de protagonistas de carne y hueso, que aquí se narran, contribuyan a enfrentar el olvido y a desterrar para siempre la crueldad demencial, ese desasosiego, esa ausencia de sentido y de posibilidades de vida que se instauró no sólo allí, sino en Colombia toda. Para que por la vía de la memoria, de la conciencia, se logren cimentar pilares que permitan construir un mañana distinto, ligado con la vida».

El prólogo del libro lo escribe Héctor Abad Faciolince, para quien éste constituye un contexto con su conjunto de narraciones muy *adolorido*. Pero, sobre todo, confía en sus lectores y seguramente ellos serán capaces «de defender a toda costa la vida contra tanta muerte».

A continuación de dichos textos el autor escribe una *A manera de presentación* que titula *Medellín, vista desde arriba*, es decir, desde los marginados, los pobres, los grupos populares de nivel más bajo.

Casi todos los barrios bajos de Medellín quedan arriba, en el estrato natural más alto, justo en las faldas de las montañas. Fueron construidos por familias campesinas expulsadas de sus casas. Las primeras llegaron tras la guerra que las pandillas partidistas desataron luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Eran días en que algunos sacerdotes azuzaban la barbarie desde los púlpitos y ofrecían perdón a quienes mataran liberales, sentenciados por ser enemigos de la Iglesia, a fuerza de cuestionar la santidad de curas y monjas.

Las últimas familias en llegar empujadas a Medellín lo hicieron a finales de los años noventa, echadas de sus tierras por la crueldad impuesta por las guerrillas y los paramilitares, que expropiaban tierras, decapitaban hombres, cercenaban niños y fusilaban mujeres, a veces con la complicidad del Ejército y la Policía, cuyos hombres permitieron tales abusos y en ocasiones, incluso, se prestaron para cometerlos.

Los primeros campesinos llegados a Medellín no sabían nada de levantar casas ni de hacer calles, pero la práctica les otorgó una destreza asombrosa.

El final de todo este proceso social fue la presencia de una mano de obra barata para la industria antioqueña, cuyo objetivo se esconde tras la política social del Gobierno.

Pero había otro interés tras la repentina política social del Estado. La naciente industria antioqueña veía en los barrios altos una mano de obra barata y necesaria.

En efecto, hacia 1965, un alto porcentaje de las madres y padres campesinos de las comunas del norte ya trabajaban en las textiles, las fábricas de calzado, las plantas frigoríficas, las comercializadoras de alimentos y las embotelladoras de cervezas y gaseosas de la ciudad. A pesar de que los salarios apenas justificaban las jornadas de trabajo y las travesías desde las lomas hasta las carreteras recién ampliadas, el Estado volvió a desentenderse de las comunas, sin hospitales, centros recreativos y suficientes cupos escolares.

Las familias continuaron sintiéndose atacadas por el Gobierno y los hijos de esos hogares crecíamos, sin remedio, con un profundo resentimiento y un debilitado concepto de nación. Los narcotraficantes, a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, terminaron de crear un ecosistema propicio para la guerra que poco después se desató en la ciudad y que cobró la vida de 65.000 personas entre 1982 y 1993...

Cuando el Estado quiso reaccionar, el lugar de la autoridad que nunca quiso ocupar ya estaba conquistado por un invertido orden de valores: primero estaba el dinero, después el dinero y por último el dinero. Nada pudieron hacer los padres de esos jóvenes, o muy poco. Su autoridad también fue rebasada por el poder seductor de los traquetos. Las moralejas de las historias de abnegación, miedo y brega infructuosa que les repitieron a sus hijos hasta el cansancio, jugaron un efecto devastador: los jóvenes aprendieron tanto la lección que se negaron a ser reemplazo de unos padres en extremo luchadores para dejarse vencer, pero demasiado buenos para levantarse en contra de quienes los pisaban. Los traquetos, perseguidos por la amenaza de ser capturados y enviados a los Estados Unidos, se concentraron en capacitar a los sicarios para acorralar al Gobierno y exigir la supresión de la política de extradición, propósito que finalmente lograron al arrodillar a César Gaviria Trujillo, que recibió la caprichosa fortuna de ser elegido presidente en 1990, luego del asesinato de Luis Carlos Galán Sarmiento a manos de los narcotraficantes.

Al cabo de unas pocas semanas, los jóvenes se graduaban como sicarios y volvían a sus casas a esperar órdenes...

De regreso al barrio, con el examen superado y los bolsillos llenos de plata, los sicarios se consagraban a beber, consumir droga, asediar mujeres y demarcar el límite de sus territorios apoyados en el séquito de jóvenes que los seguían con veneración. Su pragmatismo resultaba desmesurado, aunque eficaz.

A veces ni siquiera importaba que la víctima fuera un amigo o incluso un hermano o su padre. Quienes intentaban burlar sus dominios o cuestionar el poder que ejercían pagaban de contado vaciando las vísceras sobre el pavimento. La única figura inmune a la ferocidad de los sicarios era la madre, a quien se veneraba y por quien, repetían, estaban dispuestos a todo, incluso a morir en misiones suicidas a cambio del dinero suficiente para dejarla viviendo como una reina...

La verdad es que muchos en Medellín se lucraron del narcotráfico: las compañías textiles, las distribuidoras de alimentos, las embotelladoras, los parques recreativos, las plazas de mercado, los concesionarios de vehículos, los restaurantes, los periódicos, las importadoras de electrodomésticos, los noticieros de televisión, las emisoras radiales, los supermercados, los partidos políticos, las cadenas de comida rápida, los hoteles, las empresas de calzado, la industria constructora, todo el mundo. El dinero circulante era excesivo y la ciudad experimentó una bonanza sin precedentes. Nadie se quejó, o muy pocos.

Las autoridades siempre guardaron silencio frente a esta situación. Todo progresaba por la abundancia de dinero.

El problema fue que una opulencia semejante, fertilizada sobre la desgracia de otros, engendró problemas que nadie quiso prever. La fama de los narcotraficantes y su organización rebasó los límites del país. El gobierno de los Estados Unidos se apresuró a calificarlos como los hombres más peligrosos del mundo.

Lo que alarmaba a los americanos no era tanto el ejército de zombis que sus envíos de cocaína causaban en las calles de Nueva York, Miami, Las Vegas, San Francisco o Los Ánge-

les, sino las toneladas de dinero que eso les representaba a los traquetos. Sus ganancias llegaron a ser tan excesivas que propusieron pagar la deuda externa del país...

La consecuencia lógica de todo ello era intervenirlos. Pero su respuesta fue el crimen.

Avisados de lo que se les venía encima, los narcotraficantes resolvieron atacar primero y la matazón comenzó. Los asesinatos de policías, jueces, magistrados, políticos y funcionarios comenzaron a ser asunto de cada día. El gobierno no tuvo más remedio que hacer a un lado su indecisión y actuar. A finales de los años ochenta se asesinaban 120 personas a la semana en los barrios de Medellín. Los sicarios eran, sin excepción, muchachos de las comunas.

Ni siquiera el gobierno de César Gaviria pudo detener la barbarie.

La semilla de odio quedó sembrada en las paredes agujereadas de las casas de los barrios altos, por donde unos y otros pasaron corriendo, disparando a cualquier parte.

Para entonces las bandas habían crecido tanto que muchas terminaron enfrentadas por el control de sus zonas de influencia. Entrenadas, armadas y familiarizadas con altos flujos de dinero, decidieron apostarle a otra guerra para quedarse con el derecho de cobrar impuestos, principalmente a las empresas de transporte de pasajeros y a los carros repartidores de gaseosas y comida. Sólo un hombre fue capaz de acabar el pleito entre las bandas y contratarlas como su brazo armado; Don Berna. Fue él quien decidió crear una *Liga de las estrellas* con lo peor de cada comuna para desaparecer las milicias guerrilleras que, tras la muerte de Escobar, regresaron a reclamar sus antiguos territorios. El mito de un jefe único, un gran capo de bandas, se reinventó con él...

Estas crónicas fueron escritas tras la más reciente barbarie, la que impulsaron las milicias guerrilleras y los paramilitares en los barrios altos de Medellín. La sangre vertida en las aceras, contrario a lo que juraron los políticos, nunca se detuvo.

Los políticos, en verdad, siempre se equivocaron al respecto de la supresión de esta barbarie.

Los relatos quedan en el libro para quienes deseen conocer hasta qué punto fue posible, en esta época, la violencia, el crimen y la barbarie más extrema.

2. La figura pública del médico y catedrático de la Universidad de Antioquia Héctor Abad Gómez, su lucha por la justicia social y su proyecto de salud pública para todos

El documento y memorial que ha escrito Héctor Abad Faciolince es admirable por varias razones. Pero quizás nada tan conmovedor como esa mirada desde la que él ve la historia familiar y en la que nos recuerda la mirada del niño, sencilla y en la que expresa todo su amor: «lo amaba más que a Dios»... Esto es el sentido más sublime y sincero de su valoración del hombre que se ha constituido en su ideal y presencia sustantiva a lo largo de toda su vida. En una palabra, es su referencia fundamental. Dice el autor con la máxima simplicidad recordando aquellos años de la infancia: «yo quería a mi papá con un amor que nunca volví a sentir hasta que nacieron mis hijos... la idea más insoportable de mi infancia era imaginar que mi papá se podría morir».

Entre los rasgos más señalados que su hijo destaca de la personalidad del padre, es su espléndida generosidad y su falta de preocupación por el dinero. Éste lo prestaba sin otra consideración, a todo el que a él se acercaba a pedirselo, especialmente si eran sus estudiantes. Para ellos siempre tenía una palabra de comprensión, de modo especial

para sus alumnos más pobres. Solía decir: «pobres muchachos..., ni siquiera tienen para el almuerzo y con hambre es imposible estudiar».

Pero no podemos olvidar, ya desde el inicio a quién está dedicado este libro: *El olvido que seremos*, según el epitafio borgiano. Y así se recuerda a dos amigos muy significativos a quienes Héctor Abad Faciolince califica de *sobrevivientes*, porque él sabía cuán cerca ambos estaban de su padre y a quienes únicamente el exilio liberó de ser asesinados. Me refiero a Alberto Aguirre quien se refugió anónimamente en Madrid y a Carlos Gaviria quien en su estancia en Buenos Aires solía frecuentar tranquilo los lugares más típicos y significativos de la ciudad.

Volvemos a la relación del escritor con su padre, con su lector ideal y estímulo de su creatividad literaria. Dice así: «Creo que el único motivo por el que he sido capaz de seguir escribiendo todos estos años, y de entregar mis escritos a la imprenta, es porque sé que mi papá hubiera gozado más que nadie al leer todas estas páginas mías que no alcanzó a leer. Que no leerá nunca. Es una de las paradojas más tristes de mi vida: casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme, y este mismo libro no es otra cosa que la carta a una sombra».

Otro concepto extraordinario y sumamente positivo y lúcido, que podemos aprender de él, fue su idea de la educación: «mi papá siempre pensó, y yo lo creo y lo imito, que mimar a los hijos es el mejor sistema educativo. En un cuaderno de apuntes... escribió lo siguiente: *si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz, si quieres que sea mejor, hazlo más feliz. Los hacemos felices para que sean buenos y para que luego su bondad aumente su felicidad*».

Esta concepción y otras características de su personalidad expresan perfectamente el sentido más profundo de su forma de ver la vida, su positividad y armonía en relación con el otro, a quienes podría ofrecerles su afecto y comprensión.

Con todo, el tema que por encima de cualquier otra cosa, constituía el motor de su profesión en tanto catedrático y médico, era su sentido social:

[...] odiaba, por encima de todo, que no tuviéramos conciencia social ni entendiéramos el país donde vivíamos. Un día que él estaba enfermo y no iba a poder ir a la Universidad, se estaba lamentando porque muchos estudiantes pagarían el pasaje del bus e irían hasta el salón de clase para nada. Yo le dije: —¿Por qué no los llamas por teléfono y les avisas?

Se puso pálido de rabia: —¿en qué parte del mundo crees que estás viviendo, en Europa, en Japón? ¿O te parece que aquí todo el mundo vive en Laureles? ¿No te das cuenta de que en Medellín hay barrios donde ni siquiera tienen agua corriente, y van a tener teléfono?

Una anécdota muy significativa ésta y muy expresiva de su sentido social.

Cuando alguien alegaba que tal muchacho necesitaba ser tratado con mano dura, él siempre respondía con lo mismo: «si le hace falta, para eso está la vida, que acaba dándonos duro a todos; para sufrir, la vida es más que suficiente, y yo no le voy a ayudar».

Lo que es evidente es que los primeros capítulos de este libro nos narran la expresión detallada y completa de la relación afectiva paterno-filial y cuanto de ello se puede deducir para una situación familiar más general y amplia. Pero su vida, sobre todo, se centra en ser un médico *contra el dolor y el fanatismo*. El siguiente texto describe perfectamente su concepción profesional y el proyecto de su vida.

El sufrimiento yo no empecé a conocerlo en mí, ni en mi casa, sino en los demás, porque para mi papá era importante que sus hijos supiéramos que no todos eran felices y afortunados como nosotros, y le parecía necesario que viéramos desde niños el padecimiento, casi siempre por desgracias y enfermedades asociadas a la pobreza, de muchos colombianos. Algunos fines de semana, como no había clase en la universidad, mi papá los dedicaba a

trabajar en barrios pobres de Medellín. Recuerdo que en algún momento remoto de mi infancia llegó a la casa un gringo alto, viejo, peliblanco, encantador, el Dr. Richard Saunders, y decidí montar con mi papá un programa que él había adelantado en otros países de África y Latinoamérica. Se llamaba *Future for the children, Futuro para la niñez*. Este gringo bueno venía cada seis meses y cuando entraba en la casa... yo le ponía el himno nacional de los Estados Unidos para recibirlo.

El cuarto de huéspedes en mi casa, se llamaba *el cuarto del Dr. Saunders*; y las sábanas mejores de mi casa, todavía me parece verlas, unas sábanas de color azul pastel, eran *las sábanas del Dr. Saunders*, porque sólo se las ponían a él cuando venía. Cuando el Dr. Saunders estaba se sacaba la vajilla buena, la de porcelana, las servilletas y los manteles de lino bordados por mi abuela y los cubiertos de plata: *la vajilla del Dr. Saunders, el mantel del Dr. Saunders y los cubiertos del Dr. Saunders*.

El Dr. Saunders y mi papá hablaban en inglés y yo me quedaba oyéndolos, embelesado en esos sonidos y palabras incomprensibles. [...]

Mi papá nos llevaba con el Dr. Saunders a las barriadas más miserables de Medellín... al llegar reunía los líderes de barrio, y mi papá le servía de traductor para las propuestas de trabajo comunitario que se les hacían para mejorar sus condiciones de vida. Se juntaban en una esquina o en la casa cural si el párroco estaba de acuerdo... y les hablaba y les preguntaba muchas cosas, problemas y necesidades básicas que mi papá iba anotando en una libreta. Debían organizarse, ante todo, para conseguir por lo menos agua potable, pues los niños se morían de diarrea y desnutrición...

A veces íbamos más lejos, a algunos pueblos, y con nosotros iba también, en ocasiones, el decano de arquitectura de la Universidad Pontificia, el Dr. Antonio Mesa Jaramillo, que se encargaba de enseñar a hacer con buena técnica los tanques de agua y a llevar tuberías hasta las casas, porque el agua potable era lo primero. Después venían las letrinas... o si era posible los trabajos de alcantarillado, que se hacían los fines de semana, por acción comunal. Más adelante seguían las campañas de vacunación y las clases de higiene y primeros auxilios en el hogar, según un programa que se inventó mi papá con las mujeres más inteligentes y receptivas de cada sitio, y que luego se llevarían a cabo en toda Colombia con el nombre de *Promotoras rurales de salud*. En ocasiones nos recogía un bus de la universidad e íbamos con todos los estudiantes de su curso, porque a él le gustaba que ayudaran y aprendieran al mismo tiempo: *la medicina no se aprende solamente en los hospitales y en los laboratorios, viendo pacientes y estudiando células, sino también en la calle, en los barrios, dándonos cuenta de por qué y de qué se enferman las personas...*

En mayo del 46 denunció la contaminación del agua y de la leche en la ciudad: *el municipio de Medellín, es una vergüenza nacional, decía el titular de la primera página, y añadía el subtítulo: el acueducto reparte bacilos de la fiebre tifoidea. La leche es impotable. El municipio no tiene hospital*. A partir de esas denuncias, sustentadas con cifras y exámenes de laboratorio, mi papá fue citado a un cabildo abierto en el Concejo de Medellín...

Sus denuncias apasionadas en el periódico estudiantil, y sus palabras encendidas en el Concejo, que algunos calificaron de incendiarias, no eran una jugada política, como también dijeron, sino un profundo acto de compasión por el sufrimiento humano, y de indignación por los males que se podían evitar con apenas un poco de activismo social. Así lo contó mi papá al historiador de la medicina Tiberio Álvarez:

Empecé a pensar en la medicina social cuando vi morir a muchos niños en el hospital, de difteria, y al ver que no se hacían campañas de vacunación; pensé en medicina social cuando un compañero maestro, Enrique Lopera, se murió de tifoidea, y la causa era que no le echaban cloro al acueducto. Mucha gente del barrio Buenos Aires, con sus muchachas tan hermosas, amigas nuestras, también se morían de fiebre tifoidea y yo sabía que esto se podía prevenir con cloro al acueducto... Yo me rebelé en ese periódico U-235 y cuando celebraron el cabildo abierto les dije criminales a los concejales porque dejaban morir al pueblo de fiebre tifoidea, por no hacer un buen acueducto. Ésto dio frutos, pues siguió una gran campaña por el agua; campaña H₂O, se llamó y a ratz de ella se mejoró y completó el acueducto.

El médico profesor tiene que estar por ahí en los caminos, observando, manoseando, viendo, oyendo, tocando, bregando por curar a la rastra de aprendices que le dan el nombre de los nombres: ¡Maestro!... Sí, doctorcitos: no es para ser lindos y pasar cuentas grandes y

vender píldoras de jalea... es para mandaros a todas partes a curar, inventar y en una palabra, a servir.

Vemos como tanto la higiene como el agua potable eran una prioridad y elementos fundamentales para el logro de una salud pública adecuada y eficiente.

Quizás el artículo más importante que se publicó en el periódico U-235 fue el que apareció en su primer número firmado por el mayor filósofo que tuvo la región, Fernando González, que viene a decir cosas muy semejantes a las que nos recuerda el Dr. Héctor Abad Gómez en su trabajo por las veredas y pueblos.

Por otra parte, a la intolerancia religiosa y a sus guerras siempre opuso el antídoto de la ilustración, la medida y el conocimiento. Dice lo siguiente:

[...] cuando mi papá, después de estudiar medicina en Medellín, y de especializarse en Estados Unidos, volvió a Colombia y empezó a trabajar en el Ministerio de Salud como jefe de la Sección de Enfermedades Transmisibles, toda su familia vivía aún en Sevilla. Siendo presidente de Colombia el conservador Ospina Pérez, mi papá tuvo la idea del año rural obligatorio para todos los médicos recién graduados y redactó el proyecto de ley que convirtió en realidad esta reforma. Casi al mismo tiempo, en la misma Sevilla, y a principios de la Violencia, empezaron a caer asesinados sus mejores amigos de juventud, sus compañeros del Liceo General Santander.

A raíz de estas muertes, pero sobre todo después del crimen de uno de sus cuñados, el esposo de la tía Inés, Olmendo Mora, que se mató mientras huía de los pájaros del partido conservador, mi papá y el abuelo resolvieron que había que abandonar Sevilla y refugiarse en Medellín, donde la ola de violencia era menos aguda...

Este exilio afortunado lo salvó de la furia reaccionaria que mató a cinco de sus mejores amigos del bachillerato y a cuatrocientos mil colombianos más. Desde ese tiempo mi papá se declaraba *un sobreviviente de la Violencia*, por haber tenido la fortuna de estar en otro país durante los años más crudos de la persecución política y las matanzas entre liberales y conservadores...

Él creía sinceramente que el futuro del mundo tenía que ser socialista, si queríamos salir de tanta miseria e injusticia, y en algún momento —hasta su viaje a Rusia— pensó que el modelo soviético podría ser el bueno...

Se dedicó a su pasión, a salvar vidas, a mejorar las condiciones básicas de salud y de higiene: agua potable, ración de proteínas, disposición de excretas, un techo para la lluvia y para el sol.

Como concreción de todos estos desvelos funda La Escuela Nacional de Salud Pública, con la ayuda de algunas aportaciones de la Fundación Rockefeller. Asimismo, fue también su primer director. Y desde ahí «puede desplegar sus conocimientos prácticos en todo el país».

Otro de sus principios claves que le guiaban con toda lucidez en su trabajo, era su propia concepción del ser humano. «Tal vez él creía que el ser humano, todo ser humano, está condenado a ser lo que es, y que no hay vara que lo enderece, ni mala compañía que lo tuerza, y tal vez tuvo la suerte, también, de que ninguno de nosotros saliera crápula, enfermo, vago, idiota o inútil, en cuyo caso no se cómo hubiera reaccionado, aunque creo que seguramente con el mismo ánimo abierto y tolerante y alegre, aunque por supuesto también con la irremediable dosis de dolor e impotencia...» Él decía con frecuencia: «lo peor en la vida es no ser lo que uno es...».

Su vida familiar, muy en paralelo con su percepción de una sociedad injusta y desigual, fue una época de felicidad hasta que un acontecimiento rompió su tranquilidad y paz interior. Fue la enfermedad y muerte de su hija Marta, todavía adolescente, y con un futuro muy prometedor en el campo de la música y en el ámbito del arte en general.

Este hecho parte en dos «la historia de mi casa», dice Héctor Abad Faciolince. Definitivamente nada se puede hacer por curarla.

Entonces empezaron cuatro meses de un dolor lacerante, de agosto a diciembre, del que ninguno de nosotros salió igual.

Un cáncer, a los dieciséis años, y en una muchacha así, como era Marta, producía en cualquiera un dolor y un rechazo insoportables. Hay un momento en que la vida de los seres humanos se vuelve más valiosa, y ese momento, creo yo, coincide con esa plenitud que trae el final de la adolescencia. Los padres han estado muchos años cuidando y modelando la persona que los va a representar y a remplazar; al fin esa persona empieza a volar sola, y como en este caso, vuela bien, mucho mejor que ellos y que todos los demás. La muerte de un recién nacido, o la de un viejo, duelen menos. Hay como una curva creciente en el valor de la vida humana. [...]

Y mi papá y mi mamá al fin, después de seis meses de estarse conteniendo, pudieron echarse a llorar delante de ella. Y lloraron y lloraron y lloraron. Y todavía hoy, si él estuviera vivo, lloraría al recordarla, tal como mi mamá no ha dejado de llorar, ni ninguno de nosotros, si lo vuelve a pensar, porque la vida después de casos como éste, no es otra cosa que una absurda tragedia sin sentido para la que no vale ningún consuelo.

Posteriormente vienen los años que el autor considera de lucha en que se vuelve a poner de manifiesto el ansia de renovación social y de combatir la injusticia social con su trabajo de médico.

Durante esas salidas de campo, mi papá no daba respuestas, como suele hacerse en todas las clases, sino que utilizaba el viejo método socrático de enseñar preguntando. Los estudiantes se desconcertaban e incluso protestaban: ¿de qué servía un profesor que en vez de enseñar no hacía sino preguntas y más preguntas? Si iban al hospital no era para tratar a los pacientes, sino para interrogarlos o para medirlos; lo mismo pasaba con los campesinos. Debían investigar las causas sociales, los orígenes económicos y culturales de la enfermedad: por qué ese niño desnutrido estaba en esa cama de hospital, o ese herido de bala, de tránsito, de machetazo o cuchillada, y por qué a ciertas categorías sociales les daba más tuberculosis, o más leishmaniasis, o más paludismo que a otros. En la cárcel estudiaban la génesis del comportamiento violento, pero también intentaban ayudar para que los tuberculosos no estuvieran en sitios donde pudieran contagiar a los demás reclusos, o de controlar con programas alternativos...

Su noción novedosa de la violencia como un nuevo tipo de peste venía de muy atrás. Ya en el primer Congreso Colombiano de Salud Pública, organizado por él en 1962, había leído una ponencia que marcaría un hito en la historia de la medicina social del país: su conferencia se llamó *Epidemiología de la violencia* y allí insistía en que se estudiaran científicamente los factores desencadenantes de la violencia; proponía, por ejemplo, que se investigaran los antecedentes personales y familiares de los violentos, su integración social, su sistema cerebral, su actitud ante el sexo y los conceptos que tenga de hombría... recomendaba que se hiciera un completo examen físico, psicológico y social del violento y un examen comparativo, igual al anterior, de otro grupo de no violentos, similar en número, edades y circunstancias, dentro de las mismas zonas y grupos étnicos, para analizar las diferencias encontradas entre uno y otro. [...]

Lo más nocivo para la salud de los humanos, aquí, no eran ni el hambre ni las diarreas ni la malaria ni los virus ni las bacterias ni el cáncer ni las enfermedades respiratorias o cardiovasculares. El peor agente nocivo, el que más muertes ocasionaba entre los ciudadanos del país, eran los otros seres humanos. Y esta pestilencia, a mediados de los años ochenta, tenía la cara típica de la violencia política. El Estado, concretamente el Ejército, ayudado por escuadrones de asesinos privados, los paramilitares, apoyados por los organismos de seguridad y a veces también por la policía, estaban exterminando a los opositores políticos de izquierda, para salvar al país de la amenaza del comunismo, según ellos decían. [...]

Las ciudades y los campos de Colombia se cubrían cada vez más con la sangre de la peor de las enfermedades padecidas por el hombre: la violencia. Y como los médicos de antes, que contraían la peste bubónica o el cólera, en su desesperado esfuerzo por combatirlas, así mismo cayó Héctor Abad Gómez, víctima de la peor epidemia, de la peste más aniquiladora que puede padecer una nación: el conflicto armado entre distintos grupos políticos, la delincuencia desquiciada, las explosiones terroristas, los ajustes de cuentas entre mafiosos y narcotraficantes.

Para combatir todo ésto no servían vacunas: lo único que podía hacer era hablar, escribir, denunciar, explicar cómo y dónde se estaba produciendo la masacre, y exigir al Estado que hiciera algo por detener la epidemia, teniendo sí el monopolio del poder, pero ejerciéndolo dentro de las reglas de la democracia, sin esa prepotencia y esa sevicia que eran idénticas a las de los criminales que el Gobierno decía combatir. En su último libro publicado en vida, pocos meses antes de ser asesinado, *Teoría y práctica de la salud pública*, escribe y subraya que las libertades de pensamiento y de expresión son un derecho duramente conquistado a través de la historia por millares de seres humanos, derecho que debemos conservar. La historia demuestra que la conservación de este derecho requiere esfuerzos constantes, ocasionales luchas y aún, a veces, sacrificios personales. A todo esto hemos estado dispuestos y seguiremos dispuestos en el futuro, muchos profesores de aquí y de todos los lugares de la tierra. Y añadía una reflexión que sigue hoy tan vigente como entonces:

La alternativa va siendo cada vez más clara: o nos comportamos como animales inteligentes y racionales, respetando la naturaleza y acelerando en lo posible nuestro incipiente proceso de humanización, o la calidad de vida humana se deteriora. Sobre la racionalidad de los grupos humanos empezamos algunos a tener ciertas dudas. Pero si no nos comportamos racionalmente, sufriremos la misma suerte de algunas culturas y algunas estúpidas especies animales, de cuyo proceso de extinción y sufrimiento nos quedan apenas restos fósiles. Las especies que no cambian biológica, ecológica o socialmente cuando cambia su hábitat, están llamadas a perecer después de un periodo de inenarrables sufrimientos.

Desde 1982... hasta la fecha de su asesinato, en 1987, trabajó sin descanso en el Comité para la Defensa de los Derechos Humanos de Antioquia, que presidía. Luchaba contra la nueva peste de la violencia usando la única arma que le quedaba: la libertad de pensamiento y de expresión: la palabra, las manifestaciones pacíficas de protesta, la denuncia pública de los violadores de los derechos de todo tipo...

No denunciaba solamente al Estado y cerraba los ojos ante las atrocidades de la guerrilla, como algunos dijeron. Si se revisan sus artículos y sus declaraciones se verá que abominaba el secuestro y los atentados indiscriminados de la guerrilla, y que también los denunciaba con fuerza, e incluso con desesperación. Pero le parecía más grave que el mismo Estado que debía respetar las leyes fuera el que se encargara o encargara a otros matones a sueldo... de hacer la guerra sucia...

En el año de su muerte en la guerra sucia, la violencia, los asesinatos selectivos, se estaban ensañando sistemáticamente contra la universidad pública, pues algunos agentes del Estado, y sus cómplices del para-estado, consideraban que allí estaba la semilla y la savia ideológica de la subversión. En los meses anteriores a su asesinato, tan sólo en su querida Universidad de Antioquia, habían matado a siete estudiantes y tres profesores. Uno pensaría que ante esas cifras la ciudadanía estaba alarmada, conmovida. Para nada. La vida parecía seguir su curso normal, y solamente ese loquito, ese profesor calvo y amable, de más de sesenta y cinco años, pero con un vozarrón y una pasión juvenil arrasadora, gritaba la verdad y execraba la barbarie. Están exterminando la inteligencia, están desapareciendo a los estudiantes más inquietos, están matando a los opositores políticos, están asesinando a los curas más comprometidos con sus pueblos o sus parroquias, están decapitando a los líderes populares de los barrios o de los pueblos. El Estado no ve sino comunistas y peligrosos opositores en cualquier persona inquieta o pensante. El exterminio de la Unión Patriótica, un partido político de extrema izquierda, ocurrió por esas mismas fechas y llegó a cobrar más de cuatro mil víctimas civiles en todo el país.

De alguno de estos crímenes se sabían detalles terribles, que mi papá nos contaba: uno de los estudiantes, después de ser torturado y asesinado, fue amarrado a un poste, y su cuerpo descuartizado por una granada.»

Nos preguntamos, ¿quién puede acusar a este ser humano? «Tanto a mi mamá, como a todos los hijos, nos quedó, y en parte nos queda, una duda que es difícil de despejar: ¿Quiénes, exactamente, asesoraban a Carlos Castaño y dirigían a los militares que daban la orden y señalaban a quién debían matar? Sólo hemos tenido respuestas indirectas y genéricas, que fueron los bananeros de Urabá, que los ganaderos de Puerto Berrío y el Magdalena Medio en alianza con los paracos, que agentes del DAS... azuzados por políticos de extrema derecha; que oficiales perjudicados por las denuncias del Comité de Derechos Humanos... Sólo una vez, uno de mis sobrinos, en una inmensa hacienda de la Costa, cerca de Magangué que visitaba por vacaciones, oyó sin querer una confesión explícita del grupo de paramilitares que custodiaban esa hacienda. Era un aniversario del asesinato y mi papá apareció fugazmente en un noticiero de televisión. *A ese hijueputa fue uno de los primeros que matamos en Medellín*, comentaron...

La Universidad está en la mira de quienes desean que nadie cuestione nada, que todos pensemos igual; es el blanco de aquellos para quienes el saber y el pensamiento crítico son un peligro social, por lo cual utilizan el arma del terror para que ese interlocutor crítico de la sociedad pierda su equilibrio, caiga en la desesperación de los sometidos por la vía del escarnio.

Publicó varios artículos de una enorme sinceridad y claridad.

Hay uno particularmente duro y valiente contra la tortura publicado poco después de que un amigo y discípulo suyo fuera detenido y torturado por el Ejército en Medellín: *yo acuso ante el señor presidente de la República y sus ministros de Guerra y de Justicia, ante el señor procurador general de la Nación, a los interrogadores del Batallón Bombaná de la ciudad de Medellín, de estar aplicando torturas físicas y psicológicas a los detenidos por la IV Brigada.*

Yo los acuso de colocarlos en medio de un cuarto, vendados y atados, de pie, por días y noches enteras, sometidos a vejámenes físicos y psicológicos de la más refinada crueldad, sin dejarlos siquiera sentarse en el suelo un momento, sin dejarlos dormir, golpeándolos con pies y manos en distintos lugares del cuerpo, insultándolos, dejándolos oír los gritos de los demás detenidos en los cuartos vecinos, destapándoles los ojos solamente para que vean cómo simulan violar a sus esposas, cómo introducen balas en un revolver y sacan a los detenidos a dar un paseo por los alrededores de la ciudad, amenazándolos de muerte si no confiesan y delatan a sus presuntos cómplices; contándoles mentiras sobre pretendidas confesiones en relación con el torturado, obligándolos a ponerse de rodillas y haciéndolos abrir las piernas hasta extremos límites físicos imposibles, para causarles intensísimos dolores, agravados por pararseles encima para seguir así el continuo, extenuante, intenso interrogatorio; dejándoles las ventanas abiertas, sin camisa, en altas horas de la madrugada para que tiemblen de frío; permitiendo que sus miembros inferiores se edematicen por la forzada posición erguida y por la obligada quietud, hasta ser inaguantables los calambres, los dolores, el desespero físico y mental, que ha llevado a algunos a lanzarse por las ventanas, a cortarse las venas de las muñecas con pedazos de vidrio, a gritar y a llorar como niños o locos, a contar historias imaginarias y fantásticas, con tal de descansar un poco de los refinados martirios que les imponen.

Yo acuso a los interrogadores del Batallón Bombaná de Medellín, de ser despiadados torturadores sin alma y sin compasión por el ser humano, de ser entrenados psicópatas, de ser criminales a sueldo oficial, pagados por los colombianos para reducir a los detenidos políticos, sindicales y gremiales de todas las categorías, a condiciones incompatibles con la dignidad humana, causantes de toda clase de traumas, muchas veces irreductibles e irremediables, que dejan graves secuelas de por vida.

Yo denuncio formal y públicamente estos procedimientos de los llamados mandos medios, de violar sistemáticamente los derechos humanos de centenares de compatriotas nuestros.

Yo acuso a los altos mandos del Ejército de la Nación que lean este artículo, de criminal complicidad, si no detienen de inmediato esta situación que hiere los sentimientos más elementales de solidaridad humana de los colombianos no afectados por la vesania o por el fanatismo.

En lo que era más radical era en la búsqueda de una sociedad más justa, menos infame que la clasista y discriminadora sociedad colombiana. No predicaba una revolución violenta

ta, pero sí un cambio radical en las prioridades del Estado, con la advertencia de que si no les daba a todos los ciudadanos al menos la igualdad de oportunidades, además de condiciones mínimas de subsistencia digna, y cuanto antes, durante mucho tiempo habríamos de sufrir violencia, delincuencia, surgimiento de bandas armadas y furibundos grupos guerrilleros.

Una sociedad humana que aspira a ser justa tiene que suministrar las mismas oportunidades y ambiente físico, cultural y social a todos sus componentes. Si no lo hace, estará creando desigualdades artificiales. Son muy distintos los ambientes físicos, culturales y sociales en que nacen, por ejemplo, los niños de los ricos y los niños de los pobres en Colombia. Los primeros nacen en casas limpias, con buenos servicios, con biblioteca, con recreación y música. Los segundos nacen en tugurios, o en casas sin servicios higiénicos, en barrios sin juegos ni escuelas, ni servicios médicos. Los unos van a lujosos consultorios particulares, los otros a hacinados centros de salud. Los primeros a escuelas excelentes. Los segundos a escuelas miserables. ¿Se les están dando así, entonces, las mismas oportunidades? Todo lo contrario. Desde el momento de nacer se los está situando en condiciones desiguales e injustas...

Éstas son verdades irrefutables y evidentes que nadie puede negar. ¿Por qué nos empeñamos entonces —negando estas realidades— en conservar tal situación? Porque el egoísmo y la indiferencia son características de los ciegos ante la evidencia y de los satisfechos con sus condiciones buenas y que niegan las condiciones malas de los demás. No quieren ver lo que está a la vista, para así mantener su situación de privilegio en todos los campos. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿A quiénes les corresponde actuar? [...]

En todo cuanto escribía uno podía sentir su marcado acento humanista, emocionado, vibrante. Luchaba por medio de una voz enterada y convincente, para tratar de que todas las personas, ricas y pobres, despertaran y se empeñaran en hacer algo por mejorar las inicuas condiciones del país. Lo hizo hasta el último día de su vida, en un intento desesperado por combatir con palabras las acciones bárbaras de un país que se resistía y se resiste a actuar de otra manera que no sea manteniendo las enormes injusticias que existen, defendiendo esa injusticia intolerable como sea, incluso asesinando a quienes quieren cambiarla.

La impresión que expone y la herida afectiva que se forma en uno al tener que abrir los cajones de una persona querida que ha sido asesinada, es algo terrible. «Una de las cosas más duras que tenemos que hacer cuando alguien se nos muere, o cuando nos lo matan, es vaciar y revisar sus cajones».

Veamos, por último, todo lo que aconteció en las postreras horas que anteceden a su asesinato.

Se reunió el Comité de Defensa de los Derechos Humanos, y ante la gravedad de la situación decidieron redactar un comunicado a la opinión pública denunciando a los escuadrones de la muerte y grupos paramilitares que venían operando en la ciudad y matando personas vinculadas a la Universidad. A ese comité asistieron, entre otros, Carlos Gaviria, Leonardo Betancur y Carlos Gónima. Leonardo y mi papá fueron asesinados al día siguiente. Carlos Gónima, pocos meses después, el 22 de febrero, Carlos Gaviria se salvó porque se fue del país. Al final de la reunión, Carlos Gaviria le preguntó a mi papá qué tan seria le parecía la amenaza personal de la que se había hablado esa mañana por la radio. Mi papá lo invitó a que se quedaran un rato más conversando, para contarle. Abrió una pequeña botella de whisky en forma de campana... le leyó la lista que le habían enviado, y aunque dijo que la amenaza era seria, repitió que se sentía muy orgulloso de estar tan bien acompañado. *Yo no quiero que me maten, ni riesgos, pero tal vez esa no sea la peor de las muertes; e incluso si me matan, puede que sirva para algo.* Carlos volvió a su casa con sensación de angustia. [...]

Antes de ir al Directorio, una mujer de quien no sabemos el nombre y a quien nunca volvimos a ver, le sugirió a mi papá que fuera hasta el sindicato de maestros, a rendirle un último homenaje al líder asesinado. A mi papá le pareció muy bien la idea, e incluso invitó a Carlos Gaviria y a Leonardo Betancur a que fueran juntos, y así allá salía cuando yo lo vi por última vez.

Nos cruzamos en la puerta de la oficina. Yo llegaba con mi mamá manejando el carro de ella, y él estaba saliendo de su puerta en compañía de esa mujer gruesa, sin cintura, de vestido morado, como las estatuas luctuosas de Semana Santa...

Se fueron a pie, conversando, y mi mamá y yo entramos a la oficina, yo a preparar una junta del Edificio Coleseguros, que sería a las seis, y ella a sus propios trabajos. Serían más o menos las cinco y cuarto de la parte.

3. Conclusión

En resumen, una vida ejemplar, un modelo social, profesional y de una gran valentía para decir las cosas que en justicia se deberían de decir siempre. Un proyecto público que llama a otro sentido del ser humano.

Héctor Abad Faciolince dice sintetizando todo el sentido de su escritura: «todos estamos condenados al polvo y al olvido»; pero también estamos llamados, por esta vida concreta y singular, a la esperanza y a una rotunda fe en la vida, invitados a un radical vivir, como vínculo con una energía cósmica y somática, que nos brinda el ser reales.

El epitafio de Jorge Luis Borges, que nos recuerda el autor en su libro, expresa una de las dimensiones del ser humano que siempre ha estado muy presente en la escritura de este libro. Dice en su poema:

Ya somos el olvido que seremos,
el polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán, y que es ahora,
todos los hombres, y que no veremos...

Una gran verdad se desprende de la lectura de esta obra: lo que nos acontece cuando vivimos en el terror al cambio social. Ya en la Grecia clásica, los atenienses eran muy sensibles a este tema. Y encarnaron en la figura de Sísimo lo que le hicieron los dioses como castigo debido a «cuya gravedad demuestra la inquietud de los dioses frente a la inteligencia de un hombre que amenaza con transformar el mundo». Es muy comprensible, desde ahí, que ciertas clases sociales ya globalizadas, experimenten el mismo pavor frente a alguien que labora eficazmente por la transformación de las injusticias sociales. Por lo cual, pienso que frente a esta vida paradigmática y arriesgada sólo cabe el silencio, y únicamente éste puede acoger la íntima bondad de su proyecto de vida y solidaridad con el ser humano, con su dignidad. Es posible entender así cómo la clase política actual en el ejercicio del poder, carece de voluntad para ocuparse de los problemas y conflictos que interesan a la sociedad colombiana. La paz es una divisa de futuro, pero únicamente radicada en la sociedad.

DÓNOAN